

Descripción e historia de una visita al Museo del Louvre

Pedro Gómez Valderrama

A Aurora Zapata

No sé si en alguna forma cometí un delito, o un pecado, dejándome conducir de regreso al Louvre, por entre esta tarde de otoño de hojas doradas al sol. Seguramente no habría ido solo; probablemente habría tenido miedo. Así que era necesario el gran conjuro de una presencia femenina. Puede que fuese ilícito buscar y excavar recuerdos; en todo caso, el resultado fue absolutamente sorprendente, y debo consignarlo porque sospecho que puede ser el camino de un importante descubrimiento, en relación con las costumbres y la vida íntima de los museos.

Aquel regreso tenía un precario carácter de exploración subconsciente, de averiguación sobre estratos profundos del alma que podían estar afectados o estar, ya, incorporados a una condición semejante a la del museo. Por esta misma razón, mi sorpresa fue mayor, por todo lo que conocí ese día en materia de vida.

Como entramos cruzando los extensos patios del edificio, por el costado de los fosos vacíos, nos entretuvimos largamente, en busca de la entrada del Pavillon Denon. Íbamos en busca de unas pocas figuras, de algunos recuerdos sueltos, perdidos en el bosque de las estatuas, en el inmenso paisaje de la pintura. Como era domingo, la muchedumbre se agolpaba dentro del museo, cruzaba de un lado a otro, se tropezaba a gritos, tal como hablaba. En fin, un desas-

trioso día de museo que era, a la vez, una trabajosa inmersión en el pasado.

Subimos la amplia y celestial escalera Denon, por cuyos peldaños de mármol descendían los reyes a tocarse con los humanos. Allí se encontraba ella, sobre el espolón de la galera, cortando el aire adverso. (Me surge el remordimiento de la voz de un amigo muerto, burlona “Yo no escribo sobre los grandes temas”. Sin embargo, al hacer este recuento [o informe], no puedo dejar de mencionarla [demencionarla], Niké, Victoria de Samotracia, de nombres y apellido). Acaso el encuentro con ella no fuese planeado, pero yo sabía desde el principio que tendría que verla, y de antemano me había sometido a sufrir su hechizo, su poderosa atracción sexual. El viento que le templea la túnica no puede ser sino el viento del mar, o el del orgasmo. Niké, de mármol dorado, inverosímil en lo alto de esa escalera, afortunadamente sin cabeza, con alas. Miro los afeites de la escultura: los grandes armazones de acero que sostienen en alto las alas de mármol. Es como sorprenderle reveladoras regiones íntimas. Pero situado frente a ella, ocurre el milagro del mar: yo he visto el mar azul, he visto las olas, he sentido el viento que pega la túnica al cuerpo desnudo.

Sobre el mármol dorado, yerran, azarosos, los hombres... Ruedan los años y las memorias de otro tiempo, que reúnen los fantasmas ilustres; quién estuvo en qué paraje del museo, dónde estábamos los demás.



Muestra arqueológica de Tumaco-La Tolita. Sala de larga duración de Antropología - MUUA.

De pronto, en un sitio inesperado, aparece la *Diana cazadora*, como si me esperase. Encuentro la adorable V o Y de las piernas perfectas en el mármol, largas y elásticas como otras que aún y que hace muchos años parecieron encontrarme, salir hacia mí, desde el propio vientre de la estatua.

La exactitud geométrica de la forma hace surgir el pesar del paso del tiempo. Un momento antes, afuera, evocaba otra forma evanescente, sentada en un banco del Jardín de las Tullerías (Jamás seré capaz de llamarlas “Tejerías”). Los arcos, Carroussel, Triunfo, parecían juntarse en el Obelisco de la Concorde. Y en este momento, mientras avanzaba por entre las gentes delirantes y hacia donde estaba la *Gioconda*, a buscar

otra fácil evocación, surge la *Diana*, grácil, inesperada, que entonces —hace tanto— estaba en un sitio distinto. No estoy seguro, en verdad, de si la encontré dentro de mí.

Seguíamos hacia la *Gioconda*, casi llegábamos a ella, lo indicaba el rumor de colmena de los visitantes, cuando en la portada anterior, vasta y concurrida, surgió el canchero azul, el guardián del museo, que inflexible señalaba la hora: las cinco, y gritaba: “Fermé” con aire importante de alto funcionario, tal como todos los miembros de la venerable burocracia francesa.

Había que devolverse. Inflexiblemente, iban cerrando salas detrás de nosotros. Íbamos quedando rezagados en la operación envol-



Muestra cultural del Pacífico colombiano. Sala de larga duración de Antropología - MUUA.

vente. Atrás no quedaba público, no estaban sino los guardas azules, que iban aumentando también, saliendo de todas las puertas, y que avanzaban como un feroz ejército de ocupación. A nuestro lado, otra pareja miraba también hacia atrás. Como en la fascinación de una pesadilla kafkiana, los guardas seguían avanzando; en nuestra retirada, o llamémosla huida, llegamos al borde de la escalera Denon.

Otra vez, Victoria de Samotracia se yergue, en la proa de la galera, frente al tenso viento del mar, a cuyo impulso los pliegues de la túnica se estremecen. Va a zarpar en este instante. Los cordajes se templan, el mar es azul e ilimitado. Los últimos visitantes bajan los sesenta y cinco peldaños; el ejér-

cito azul se va congregando en torno de la diosa; allí permanecen, mientras la gente va franqueando la puerta de cristales que se cierra definitivamente. A través de ella, los hombres y mujeres azules siguen expectantes, inmóviles, mirando la vasta galería desierta. Sólo uno de ellos vigila el muro de cristal. El uniforme azul se vuelve airado cuando nos sorprende mirando a sus congéneres. Expulsa con un gesto de espada a los últimos que quedamos allí, y el Louvre queda totalmente solo. Solamente los hombres azules podrán mirar cómo la Diana de las piernas memorables baja del pedestal; podrán ver las galanterías que cumple un sátiro con el Hermafrodita dormido, podrán ver quién besa la sonrisa de Monna Lisa, podrán acariciar los amplios senos de

la Venus de Milo, y podrán, si tienen valor suficiente, navegar en la improbable Nave de los locos, por el ancho mar verde y remoto que se extiende detrás del cuadro, el respetuoso mar en que ahora navega la Victoria de Samotracia que va inundando las inmensas galerías y sube, como todas las noches, solamente al sagrado nivel de los cuadros, que se conecta secretamente con el Sena a través de los fosos del palacio, y por eso el río a ciertas horas adquiere la misma tonalidad verdosa y memorable de los paisajes del Bosco, de Brueghel o de Patinir.

Esto sucede, a cierta hora nocturna, en todos los museos del mundo: en la Villa Borghese llega hasta los senos ilustres de Paulina Bonaparte; en el Ermitage, hasta las rodillas de Pedro I, pero jamás se ha podido determinar si se trata del Neva o de las aguas del golfo de Finlandia; en Londres, en Trafalgar Square, el mar desborda el recinto de la National Gallery, y se une con el Támesis; en las ciudades mayas, en los palacios aztecas, en Machu Picchu, en las altiplanicies muiscas, el sol se quiebra sobre los yelmos de los conquistadores, que flotan sobre las testas de los caballos ahogados; aquí, en el Louvre, se abre finalmente la puerta y se asciende al cielo esplendoroso de una tarde de otoño, en la cual se respira algo más hondo que los mares del mundo.

En el Jardín de las Tullerías (no podré nunca escribir "Tejerías"), las sombras de los amantes repiten el gesto que está en el origen de la humanidad.

* * *

Lo que antecede, me consta por conocimiento directo. No puedo agregar nada más. Sin embargo, hay versiones alteradas y contradictorias; una de ellas, que rechazo

con indignación, es aquella que pretende ver en los guardianes del museo un cuerpo de ballet, y que explica que los memorables uniformes azules oscuros no son más que *overalls* para cubrir los trajes formales, los *léotards* de los bailarines. A su vez, esta teoría contendría la tradicional del *ballet* clásico, y la moderna, de música americana, que eventualmente comenzaría con *Rhapsody in Blue*. En todo caso, la teoría pretende que, expulsado el último visitante (y acaso por ello cumplen la expulsión con fruición tan notoria), el gran bastimento se inunda, pero no de agua de mar, sino de música. Incluso algunos autores derivan hacia tesis un tanto más problemáticas, como, por ejemplo, la de la orgía, en la cual indudablemente participan todos los personajes conocidos o desconocidos que tienen en el museo representación estatuaria o pictórica, y naturalmente los guardas azules. Acaso por esta razón la plaza de guarda es tan eminentemente codiciada que incluso se ha llegado a pensar en hacerla hereditaria; sin embargo, ello ha tenido dificultad, porque aparentemente las autoridades del museo piensan que ello solamente sería permisible en caso de descendientes de la unión de un guarda con un personaje de cuadro o escultura de propiedad del museo.

Se me dice también que una de las razones por las cuales se busca con tanta minuciosidad en todos los posibles escondites (para lo cual se realiza la operación envolvente ya descrita), es la de evitar que cualquier extraño pueda penetrar directamente en los secretos de un arte tan especial como es la custodia del Louvre. Al respecto se refiere que en algunas ocasiones hubo personajes ajenos que concurrieron a estas celebraciones. En un caso, un ladrón frustrado de la *Monna Lisa*, que debió pasar parte de la noche escondido en el sarcófago de una mo-



Muestra cultural del Amazonas. Sala de larga duración de Antropología - MUUA.

mia, y al salir de él se encontró en medio de un brillante baile de disfraz; en otro caso, en la semana de mayo de 1968, un estudiante y su compañero buscaron allí refugio contra la policía, y se sorprendieron de ver que en medio de la noche se discutía, entre los guardianes, sus estatuas y sus cuadros, el pro y el contra de mayo, para tomar una actitud, la cual fue a la postre simpáticamente favorable a los estudiantes, pero sin expresión positiva. En forma similar, alguna otra persona que por azar asistió a estas celebraciones nocturnas, se pronunció sobre ellas alternativamente como si se tratase de aquelarre de brujas, o bien de una reiterada representación o prefiguración del Juicio Final.

No se ha podido determinar nunca la razón del fenómeno: para unos, lo origina la simple organización de vigilancia del museo; para otros, depende de la fuerza creadora depositada en las obras de arte la cual se libera y genera un cambio del mundo, el cual afecta al desarrollo normal del tiempo, y produce situaciones de encuentro como los que relato. Para otros, los guardas del

Louvre son sádicos guardianes de prisión, que custodian las obras de arte sometidas a cadena perpetua, y persiguen a los incidentales visitantes, a los cuales arrojan todos los días. Para otros, la vida continua de los guardas con estatuas y cuadros desarrolla una relación psíquico-sexual que produce el efecto de llamar a la vida a los protagonistas, y sumir en las obras de arte a los vigilantes.

No se sabe muy exactamente; de todos modos, es una experiencia muy difícil de vivir de modo análogo, porque son muy pocos los sitios válidos para tal menester.

(1978)

Pedro Gómez Valderrama (Bucaramanga, 1923-Bogotá, 1992) Narrador y ensayista, algunas de sus obras más destacadas son: *Muestras del diablo*, *La procesión de los ardientes*, *Invenções y artificios*, *La otra raya del tigre* y *La nave de los locos*, de donde extraemos este texto y aprovechamos para rendirle un sencillo homenaje en el centenario de su nacimiento.